

La gestión de la vida cotidiana: algunas contra-cuentas empíricas sobre la existencia del otro

Ángela María Chica-Fernández

amchicaf@unal.edu.co

Universidad Nacional de Colombia – Sede Bogotá

A Dios, por su incansable amor en mis tiempos de ingratitud.

“Pero un día

Tú venías, yo iba.

Nos encontramos en la mitad del puente

De esto que llamamos Tiempo o Vida.

No hubo nunca una cita más bella que esta cita.”

Eduardo Carranza Fernández

Fragmento de Poema como una quemadura

La gestión de la vida cotidiana: algunas contra-cuentas empíricas sobre la existencia del otro

Resumen: Algunos sociólogos han caracterizado al ser actual como un ente consumido por la individualización, la necesidad de perfección y la competencia continua; según la teoría, esto desemboca en comportamientos que hacen que el *otro* se pierda de vista y se considere principalmente como una competencia. El documento desarrolla la racionalidad con la cual este individuo gestiona su vida considerando al *otro* como un medio que representa una posibilidad de obtención de beneficios que aportan a la construcción de su Yo Ideal, con ello, se expone una crítica a esta visión, se resalta lo bello de la existencia del *otro* y se presentan argumentos con los cuales se recuerda que el tiempo del *otro* no se ha perdido por completo.

Palabras clave: ótro, cuentas, gestión, tiempo, cambio.

1. Introducción

Es noviembre de 2019. Me siento a recordar, tal vez para “auto consolarme” por los tiempos no tan buenos. Soto-Aparicio (1976) alguna vez escribió que “eso de recordar era algo grave” (p. 11) y es cierto, porque, aunque uno no quiera, el corazón se oprime. Mis pensamientos me llevan unas semanas atrás, en las que a mi manera me estaba sometiendo a las quemaduras internas que produce el encierro en sí mismo, que paradójicamente era en realidad la necesidad de escapar de uno mismo debido a las grietas que brotaron por dentro a través de varios años; ya que, al igual que Kafka podría reconstruir una *Carta al padre* con mi propia versión, dirigida hacia otro destinatario que por coincidencia es homónimo del original.

Me percaté de que mi situación se hacía manifiesta en la realización de un sinnúmero de actividades que imperceptiblemente le iban quitando contemplación a la vida, todo con el propósito inconsciente de no querer aceptar que en el pecho había algo que incomodaba y que aquello que otros consideraban digno de elogios por conseguir desarrollar una buena gestión del tiempo, no era más que la agonía que siente alguien que está cediendo a “esa temporal debilidad de ánimo que suele conocerse como depresión” (Saramago, 2015a, p. 11).

Además de esto, el panorama que hasta el momento me habían presentado, los diálogos implícitos en algunas experiencias propias y otras cercanas respecto al “manejo de la vida”, y al relacionamiento con el *otro* no eran muy alentadores. Por un lado, la sociedad con cierto cinismo ha reclamado y aconsejado que “ya no se puede confiar en nadie porque se han perdido los valores y todo el mundo es interesado”; por otro lado, varios sociólogos se han encargado de analizar, caracterizar y describir los tiempos actuales como una época en la que solo coexisten seres individualistas, obsesivos por la excelencia y que han perdido de vista a sus compañeros de camino como consecuencia de estar determinados por los cambios sociales de lo que se conoce con el nombre de posmodernidad.

Aparentemente el mensaje era claro, había que pensar siempre en uno mismo y ponerse en primer lugar, porque uno se preocupa por lo demás, pero nadie se preocupa por uno. No obstante, a mitad de mis recuerdos llegan a mi mente los rostros de varias personas que me habían acompañado por intervalos en ese melancólico camino que parecía no tener fin, y que, sin saberlo, proponérselo o imaginárselo, me brindaron su abrazo empático, su mirada cómplice y su escucha atenta cuando en extraños momentos —por impulso— dejaba escapar los sentimientos que siempre guardaba para mí. Fueron esas “pequeñas cosas” las que han hecho que hoy agradezca su existencia, ya que siento en carne propia lo que expresa aquella frase atribuida a Camus: “si aquellos a quienes comenzamos a amar pudieran saber cómo éramos antes de conocerlos...podrían percibir lo que han hecho de nosotros”. Esto hizo que mi corazón se estremeciera ante lo que la mayoría del mundo —tanto popular como teóricamente— daba por sentado.

Descubro que estoy exhausta y que no me convence la idea de que debemos aceptar sin cuestiones la realidad presentada por estos discursos... ¿Acaso no tenemos más opciones que inmiscuirnos en una competencia agresiva con el *otro*? ¿Debemos siempre observarlo con recelo para que no nos despoje de nuestra felicidad? ¿Tenemos que racionalizar nuestros sentimientos porque la concepción predominante es que “el mundo es una comedia para los que piensan, y una tragedia para los que sienten” (Walpole citado por Bauman, 2002, p. 60)?

En ese marco, y tomando como referencia principal la tendencia que tiene el individuo posmoderno de gestionar su vida como un proyecto empresarial, pretendo exponer la racionalidad por la cual se podría afirmar que este lleva cuenta y razón de su existencia basándose en un análisis de costo-beneficio. A partir de allí, realizo una reflexión vivencial sobre la necesidad de recuperar el tiempo del *otro*, exalto la importancia que el mismo tiene en nuestra vida y rechazo la posibilidad de rendirnos ante la idea de que la desaparición del *otro* y el individualismo son hechos indiscutibles.

Considero que en ocasiones el acto de escribir funciona como una catarsis de emociones; por ello, cabe aclararle al lector que el presente ensayo no ha sido más que una excusa —o la oportunidad perfecta— para levantar una voz en contra del olvido del *otro* y plasmar mis sentimientos frente a esos *otros* que han hecho, y espero, sigan haciendo *contra-cuentas* en mi existencia.

El documento se compone de cuatro partes incluyendo la presente introducción. En el primer apartado expongo mi interpretación administrativa y contable sobre algunas de las ideas principales de las visiones sociológicas existentes que tratan sobre la identidad y el comportamiento del individuo actual; así, resalto los elementos que orientan su proyecto empresarial biográfico, presentando un balance simbólico de la “contabilidad de su vida”, en donde percibe al *otro* como una fuente de beneficios. En el segundo apartado, realizo una crítica frente a esta concepción y expongo argumentos vivenciales que conforman mis contracuentas sobre la existencia del *otro*, para así, concluir con una exhortación que tiene como propósito abogar para que el tiempo del *otro* sea recuperado.

2. Vicisitudes de la época: la vida como proyecto empresarial

Luego del paso de la sociedad industrial a la contemporánea, la realidad contada por algunos sociólogos nos presenta una posmodernidad que trajo consigo el desarraigo de valores e instituciones tradicionales que amoldaban la existencia del individuo; su identidad ya no está restringida a la clase social, ha roto los lazos con los referentes que le brindaban dirección.

Ahora tiene libertad, pero se encuentra perdido, y no precisamente porque carezca de opciones para darle rumbo a su vida. El determinismo social fue desplazado por un policentrismo en el cual abundan gran variedad de modelos, todos “perfectos” (Aubert y De Gaulejac, 1993). La publicidad también ha hecho lo suyo haciéndole creer que el ser es cuestión de tener¹ y le hostiga diariamente con ideales que le recuerdan que solamente será digno si se convierte en eso que la sociedad espera que sea.

Al intentar configurar su prototipo con base en todas estas posibilidades, el individuo termina perteneciendo “simultáneamente a toda una serie de grupúsculos en los que se mueve a su antojo manteniendo una multiplicidad de identidades sociales” (Aubert y De Gaulejac, 1993, p. 28), moldeando su personalidad dependiendo de los requerimientos de las diferentes dimensiones de su vida (académica, profesional, religiosa, etcétera.)².

Como si no fuera suficiente lidiar con las tensiones que subyacen del tener que convertir su Yo Actual en su Yo Idealizado, el individuo se enfrenta a otro requerimiento social: la totalización de la excelencia³. En este contexto siempre dado, el individuo se instaura en un callejón sin salida orientando todo su actuar hacia un continuo esfuerzo, al rendimiento máximo, a la búsqueda de la perfección y la exigencia diaria; quiere reinventarse, triunfar en todo cuanto emprenda porque él, ya no tiene límites. Su pensamiento está tan colonizado por la ideología neoliberal del rendimiento que magnifica su existencia cada vez que alcanza un

¹ Haciendo referencia a lo expresado por Fromm (1981) en cuanto a la forma de existencia en donde la identidad está fundamentada en las posesiones y el consumo, relativizando así la seguridad y felicidad del individuo.

² Podemos relacionar esto con la burocratización del espíritu de la que habla Goffman (2004), la cual, representa una coherencia perfecta entre las actuaciones del individuo y las exigencias de los diferentes escenarios en los que se desenvuelve.

³ Aubert y De Gaulejac (1993) mencionan que la palabra excelencia se ha transformado en su significado: ya no hace referencia al atributo de un producto o una cualidad admirable que alguien posee, sino que se convirtió en un escalafón momentáneo que deriva en una competencia constante.

logro, y su pretensión onírica de perfección hace que “las versiones que da de la vida interfieran con la vida vivida antes de que se viviera para ser narrada”⁴ (Bauman, 2001, p. 18), sin notar que gracias a la autoexplotación es al tiempo actor y víctima (Chul-Han, 2014) porque está en una sociedad en donde “las expectativas estandarizadas topan con realidades no estandarizadas” (Bude, 2017, p. 12).

A la par del sentimiento de grandeza, al individuo lo embarga la preocupación de no poder alcanzar sus metas, de no cumplir con las expectativas, de no resaltar en la sociedad, no se conforma con lo “básico”. “Cree que se está jugando su vida entera a cada momento” (Bude, 2017, p. 11); así, vive en un *Miedo Ambiente*⁵. Lo aterriza la posibilidad de convertirse solamente en un mortal más que deambula llevando a cuestras un adjetivo que lo califica como perdedor, esto por no evidenciar la tan anhelada y perfecta vida que se le ha impuesto alcanzar.

Debido a la diversidad de grupos en los que participa y al miedo proveniente de la necesidad de avanzar siempre, la gestión se hace presente en la vida humana convirtiéndola en un proyecto empresarial. El individuo como gestor debe optimizar continuamente sus capitales afectivo, psíquico, estético, etcétera (Lipovetsky, 1986). Debe estar atento porque es un funambulista que se aferra a la condenación social del éxito; por ello, replica en sí mismo una multiplicidad de *Homo Economicus* para ponderar todo con base en las relaciones de costo-beneficio.

Como gestor de sí mismo, el individuo posmoderno cuenta con una medida utilitaria del tiempo, lo divide en fragmentos y los gestiona principalmente en relación con su trabajo. Procura siempre estar ocupado, como si quisiera evitar reservar tiempo para encontrarse y cuestionarse a sí mismo. El individuo toma al tiempo como rehén del trabajo (Chul-Han, 2016). “No se quiere ni vivir para trabajar ni trabajar para vivir, sino encontrar tanta vida en el trabajo como sea posible y tanto trabajo en la vida como sea necesario.” (Bude, 2017, p. 51). Según Chul-Han (2015) el individuo tiene tan dicotomizado el tiempo que el mismo no tiene rumbo, divaga sin poder tener una conclusión; por ello, el autor afirma que el tiempo se acelera y no se puede determinar la diferencia entre intervalos: la percepción del tiempo bueno desaparece, con esto, también se fragmenta la vida —pierde narración— y el individuo se vuelve efímero.

La optimización es lo más importante, no se puede concebir el gastar tiempo en actividades que no contribuyen con su meta de perfección. ¡Cuánta fascinación sentiría el individuo si pudiera calcular el valor futuro que tendría un intervalo de tiempo, para así, tomarlo o desecharlo! Si el Principito pasara de nuevo por esta tierra recordaría al hombre de negocios, que aquí no es un contador de estrellas sino de instantes, el cual ama las cifras temporales que se reducen cada vez más y presume de administrar su tiempo porque es un hombre muy

⁴ El individuo da sentido y determina su vida en función de los ideales de excelencia que se ha infundado, incluso antes de pasar al campo de la acción.

⁵ Término acuñado por Bauman (2001)

serio; sin embargo, en realidad, solo es un hongo que hace sumas: este hombre-hongo adiciona vivencias sin poder narrar experiencias.

También se rumora que “los tiempos en los que existía el *otro* se han ido” (Chul-Han, 2017, p. 9). El hecho de que el sistema traslade los problemas sociales al individuo hace que este se concentre solamente en la producción mejorada de su historia biográfica, provocando según Beck (1988), un cambio en la relación entre el individuo y la sociedad: la individualización se hace presente con más fuerza que nunca.

El centro del individuo es él mismo y su realización, su necesidad de permanecer vigente en las dinámicas del sistema le nubla la visión, la imagen de su Yo Idealizado es tan conspicua que le impide ver al *otro*. Según Arendt (2005), cuando el individuo se encierra solamente en su propia existencia la sociedad se reduce a masas de soledad, en las que se han perdido las capacidades de asociación y relación; las batallas que anteriormente se libraban en clase o en comunidad ahora se libran en soledad. Cuando se instaura el individualismo como referente para la socialización la percepción sobre el *otro* se transforma. Aparece el *otro* como medio y como amenaza.

Se disuelve progresivamente el nosotros, porque los vínculos son momentáneos y frágiles. Aquí se puede observar al *otro* como un medio, el cual posibilita el logro de las metas propuestas: conseguir un buen trabajo, una buena familia, estatus social...el individuo se asocia con el *otro* y gestiona sus contactos en pro de su beneficio. Se vuelve selectivo en sus relaciones, ya que se une al *otro* solamente en la medida en que este contribuya con afirmar su identidad egocéntrica⁶ y pueda ofrecer satisfacción; cuando este beneficio mengua, disuelve los vínculos.

Ve las relaciones como un proyecto de inversión, en el cual está dispuesto a depositar sus capitales siempre y cuando se le retornen altos rendimientos (Bauman, 2005). Asimismo, la positividad otorgada al amor reafirma la selectividad, ya que el individuo no solamente se idealiza a sí mismo, sino también a sus relaciones: como menciona Illouz (2009), sus referentes son las películas y la publicidad, en donde se le muestran relaciones perfectas, excelentes y felices. Aquí surge el *otro* como amenaza⁷. Chul-Han (2012) menciona que el individuo está convencido de que puede amar al *otro* sin sufrir lesiones, de nuevo tiene miedo: procura hacer del acto de ocultar sus sentimientos una costumbre, ya que, entre menos se comprometa gozará de una mayor seguridad.

Al evaluar sus relaciones con base en un costo de oportunidad parece que incluyera al *otro* en su balance de la vida como un activo del cual espera recibir beneficios futuros, asunto que es curioso, ya que, si cometiéramos la perversión de modelar la existencia social como un balance contable, tal vez el individuo encontraría que sus pasivos con el *otro* son más grandes

⁶ En general, Lipovetsky es uno de los autores que asevera fuertemente en sus obras que el individuo posmoderno debe ser tildado como narcisista.

⁷ En la necesidad de excelencia y perfección también se percibe al *otro* como *amenaza*, ya que se exagera la individualización por el impulso de la competencia.

de lo que espera y que con sus dinámicas posmodernas no está alcanzando la eficiencia⁸ sino socavando peligrosamente su identidad (ver Tabla 1).

Tabla 1. Balance contable de la vida del individuo posmoderno⁹

ACTIVO		PASIVO	
Relaciones sociales beneficiosas corrientes		<i>Sujeto a</i>	<i>Empatía</i>
<i>Sujeto v</i>	<i>Posibilidad de préstamo de dinero</i>	<i>Sujeto b</i>	<i>Tolerancia</i>
<i>Sujeto w</i>	<i>Buena referencia en trabajo futuro</i>	<i>Sujeto c</i>	<i>Un café</i>
<i>Sujeto x</i>	<i>Salidas a comer gratis</i>	<i>Sujeto d</i>	<i>Conversaciones</i>
<i>Sujeto y</i>	<i>Cócteles sociales</i>	<i>Sujeto e</i>	<i>Abrazos</i>
<i>Sujeto z</i>	<i>Regalos</i>	<i>Sujeto f</i>	<i>Una mirada</i>
Relaciones sociales beneficiosas no corrientes		<i>Sujeto g</i>	<i>Respeto</i>
<i>Hijos</i>	<i>Posibilidad de sustento en la vejez</i>	Total Pasivo	Reconocimiento del <i>otro</i>
<i>Primo</i>	<i>Viajes gratis</i>	PATRIMONIO	
<i>Tío</i>	<i>Interés en heredar sus bienes</i>	<i>Identidad del individuo</i>	<i>Ensimismamiento</i>
Total Activo	Acercamiento al Yo Idealizado	Total Patrimonio	Yo Actual

Fuente: elaboración propia.

Consecuentemente, como tanto lo remarca Chul-Han (2017; 2017a), en la positividad de lo igual y la concentración en el yo se teme y se rechaza la negatividad del *otro* —lo misterioso y lo oculto—; así, de una o mil formas, la desaparición del *otro* sucede dramáticamente, pero sin que muchos lo noten.

⁸ En relación con la eficiencia, Bautista (ver en Colectivo de Trabajo Nosotros, 2020) realiza una crítica al hecho de que la misma ha permeado todos los ámbitos sociales y se ha instaurado como criterio principal para dirigir incluso, la vida de los individuos, citando ejemplos controversiales que, según él, han llegado a ser analizados en la sociedad bajo los términos de la relación costo-beneficio, como la eficiencia que debe tener un amante en la intimidad o la rentabilidad que podría representar tener hijos.

⁹ Aquí cedí a la perversión mencionada y puse la imaginación a volar. Presento una representación contable del “balance de la vida” del individuo posmoderno, con base en la caracterización que hacen del mismo en la literatura sociológica citada anteriormente.

Los *Activos* corresponden a las relaciones sociales que mantiene el individuo porque le ofrecen algún factor beneficioso, las cuales, pueden ser tratadas como inversiones, tal y como las denomina Bauman. Se supone que los rendimientos que estos vínculos producen ayudan al individuo a convertirse en el ser exitoso que ha idealizado.

Los *Pasivos* corresponden a todas las deudas que tiene el individuo con el *otro*, que surgen al centrarse solamente en la construcción de su Yo Idealizado y desmeritar el agrado que conlleva conocer al *otro* sin volcar toda su atención en conseguir una ganancia puntual de la relación.

El *Patrimonio* corresponde a la identidad del individuo posmoderno, la cual, se fundamenta en un ensimismamiento continuo.

Si tomamos en cuenta que la identidad de este individuo se alimenta solamente de los referentes que le proporciona la publicidad, hay un empobrecimiento en la individualidad al preocuparse solamente por sí mismo y lo que le beneficia, sometándose sin siquiera notarlo a la estandarización social que produce el consumo. Si ponemos esta situación a la par de las enormes deudas que tiene por el olvido del *otro* y aplicamos la ecuación contable, tenemos que su *Patrimonio* se reduce de manera importante, por ello, su espacio tan pequeño en el balance.

$$\downarrow \text{Patrimonio (Identidad Actual)} = \uparrow \text{Activo (Relaciones beneficiosas)} - \infty \uparrow \text{Pasivo (Falta de reconocimiento del otro)}$$

3. Cambios de tiempos en tiempos de cambios

*“Si el mundo está del revés
Habrá que buscar cordura,
Y una pizca de locura
Para saber quererte más.”*

Leiva
Vis a vis

Era el mejor de los tiempos y era el peor de los tiempos; la edad de la sabiduría y también de la locura; la época de las creencias y de la incredulidad; la era de la luz y de las tinieblas; la primavera de la esperanza y el invierno de la desesperación. (Dickens, 2012, p. 8)

De esta manera, Dickens dio apertura a una de sus obras más conocidas, ambientada en el siglo XVIII. Cuando se lee el apartado no es necesario hacer un enorme esfuerzo para sentirse identificado con la época actual, en donde se superponen el miedo y la esperanza, y por las presiones, palpita en nosotros la angustia constante de no entregar el paso de nuestro andar a la mal vista lentitud, titubeando entre la necesidad de calma y la estrepitosa aceleración que produce la paradójica vida “posmoderna”.

En una sociedad que ha sido contagiada por las dinámicas de competencia y de alto rendimiento parece que todos los que buscamos construir y mantener una identidad sentipensante fuéramos como la esposa del médico de *Ensayo sobre la ceguera*, la cual, conserva la visión en medio de una población de ciegos y reclama que la permanencia de ese sentido solo le sirve para ser testigo directo de todo el horror que la rodea (Saramago, 2015). En este caso, nuestro horror sería observar la metamorfosis por la que se afirma, atraviesa el sujeto de la época, que lleva cuenta y razón de todos los ámbitos de su cotidianidad, incluyendo los beneficios o enfrentamientos que le proporciona o le proporcionará el *otro*, ya que mide y determina su vida por el número de *likes*, de seguidores, de objetos materiales poseídos, etcétera; gana el que tiene y consume más, el que mejor invierte su tiempo.

Sin embargo, encuentro que en medio de una epidemia de promulgaciones que instauran con firmeza la existencia de un individualismo y una rapidez que dejan de lado al *otro*, yo aún lo puedo ver, y, que hay *otros* que aún me ven; entiendo que la verdadera ceguera de los deseados sentipensantes sería doblarse ante una realidad social en la que se dice pulula la antipatía y la hostilidad. Los que al igual que yo encuentran sentido de vida al caminar con el *otro* saben que hay algo más, hay una realidad alterna, que a pesar de que contiene algunas pinceladas de egoísmo, éstas no logran opacar las muestras de amor que se presentan de diversas formas. A un mundo que manifiesta los síntomas tempranos de una extrema ceguera, procuremos devolverle la visión haciéndole contra-cuentas¹⁰ a la realidad social que se nos muestra.

¹⁰ Aquí recurro a este concepto con el propósito de hacer una analogía frente al sentido tanto funcional como político que tienen las *contra-cuentas* en la contabilidad ambiental y social, y la interpretación que se les podría dar en el análisis que realizo sobre la existencia del *otro*.

En estos tiempos llenos de profundos cambios, es necesario realizar un cambio de nuestra noción de tiempo. Busquemos de nuevo el aroma que tiene la vida. Según Chul-Han (2015) cuando hablamos de aroma hablamos de duración; para el autor, cuando el tiempo tiene aroma no hay aceleración, entonces nuestra trayectoria cobra sentido, ya que cada experiencia y acontecimiento se entretreje de manera constante con nuestro pasado, por ello, evocamos al recuerdo, a una historia llena de significados que sirven de estabilizador para nuestra identidad. En ese sentido, al ponerle aroma a la vida no es necesario correr siempre detrás del tiempo, como si él mismo quisiera escapar de nosotros, ni considerarlo como un medio de cambio que ganamos, gastamos, invertimos y perdemos; nuestro tiempo no se nos va, no vuela, no se esfuma, y su paso no debe martirizarnos, agotarnos o hacernos morir prematuramente.

“Todo tiempo tiene su propio aroma” (Chul-Han, 2015, p. 90); con ello, podemos entender que en ocasiones es necesario dejar de mirar el reloj, porque como lo menciona Saramago (2015b) siempre vamos “a tiempo, con el tiempo, en el tiempo, y nunca fuera de tiempo, por mucho que de eso nos acusen.” (p. 103). La vida cobra aroma cuando nos alejamos momentáneamente del trabajo, del consumo agresivo. Nos hacemos humanos no en la acumulación de logros sino en el encuentro con el *otro*, y para triunfar no es necesario dejar de lado una parte de sí mismo.

Creo al igual que Sábato (2000), que vamos marchando por la vida, ya sea de manera voluntaria o involuntaria “hacia los lugares en que debemos encontrarnos con seres o cosas que, de una manera o de otra, son, o han sido, o van a ser primordiales para nuestro destino”, y “ni los encuentros verdaderos, ni siquiera los profundos desencuentros, son obra de las casualidades, sino que nos están misteriosamente reservados” (p. 17).

No soy muy buena con las palabras cuando pretendo dialogar sobre sentimientos, si es que en alguna ocasión se puede hablar fluidamente y sin intimidarse sobre los mismos, ya que coincido con Saramago (2015a) al pensar que siempre “juntamos palabras, palabras y palabras [...] y, por más que lo intentemos, por más que nos esforcemos, siempre acabamos encontrándonos en el lado de fuera de los sentimientos que ingenuamente queríamos describir, como si un sentimiento fuera un paisaje” (p. 120).

Por ello, en esta oportunidad he dejado que el papel exprese lo que en tantas ocasiones a mí me ha costado, al haber encontrado a ese *otro* incomparable, *el otro* que en su atopía “hace

Según Gray (2019) las *contra-cuentas* son construidas por la sociedad con el propósito de revelar las verdaderas externalidades que generan las organizaciones con su actuar; de esta forma, las mismas representan un desafío y un cuestionamiento directo hacia la información oficial presentada por las organizaciones a través de sus informes de sostenibilidad.

En este sentido, mis *contra-cuentas* sobre la existencia del *otro* representan un análisis alternativo frente a la realidad actual. Esta visión se distancia del discurso tradicional que se presenta en la cotidianidad y en la literatura sociológica, el cual, pareciera se está naturalizando. Mi propósito principal es exponer que no nos encontramos completamente determinados por esas características de individualismo, competencia, racionalidad, etcétera, y con ello, visibilizar lo que se considera perdido: la belleza de la existencia del *otro*; de esta forma, estas *contra-cuentas* nos permitirán realizar una reflexión e iniciar un debate frente a la percepción que tenemos del yo, del *otro* y del nosotros.

temblar el lenguaje: no se puede hablar de él, sobre él; todo atributo es falso, doloroso, torpe, mortificante: ese *otro* es incalificable” (Barthes, 1998, p. 43).

Y es que el *otro* no es ni medio ni amenaza, sino es un ser que alimenta nuestra identidad, que en realidad no está determinada por el consumo, sino que se encuentra y se asume en el reconocimiento que hago de ese *otro* que, a su vez, me reconoce. Hay que agradecer, exaltar, y recordar que existe también “el tiempo del *otro*, un tiempo que yo doy al *otro*” (Chul-Han, 2016, p. 18), el cual, al contrario de los teóricos creo no se ha perdido del todo, porque siempre existirán personas que están dispuestas a entregarnos su cariño, que construyen un nosotros sin llevar la contabilidad de sus beneficios; al fin y al cabo, si no recuperamos el tiempo del *otro* ¿a dónde podemos llegar?

El tiempo del *otro* propicia el encuentro, donde se dan la interacción y el diálogo. En ese encuentro cobra importancia el acto de escuchar, ya que por medio de éste hacemos manifiesta de manera implícita la preocupación que sentimos por el *otro*, al permitirle abrirse para que nos exponga sus miedos, alegrías, penas y deseos (Chul-Han, 2017).

El *otro* nos permite reconocer que nuestra fortaleza no es eterna ni suficiente, que es inútil crear fachadas para esconder nuestras luchas internas detrás de las recurrentes palabras que con una incipiente firmeza repartimos por doquier: “estoy bien”. La cercanía sincera al *otro* nos permite sentirnos acogidos, dejando atrás la mirada acusadora que mide nuestros logros y los evalúa como si fueran indicadores.

El *otro* es un misterio que nos saca del encierro de pensar en nosotros mismos; nos hace querer poner palabras en donde descansan silencios, porque nos atrapa la necesidad de saber quién es, qué nos une y nos diferencia. Su presencia es merecedora de contemplación, ya que es bella; sin embargo, es necesario aclarar que la misma no es pasiva, porque nos enfrenta, nos estremece, nos intimida y nos confronta, con el distinto y con nuestro ser, nos salva, nos transforma.

El encuentro con el *otro* tiene la impronta de la belleza de lo afectivo; pone al descubierto nuestros sentimientos más ocultos, aunque en ocasiones sea de manera involuntaria. El *otro* invoca a la memoria, la despierta, al revelarse como recuerdo y sensibilidad; ese *otro* que vuelve a pasar por nuestro corazón cuando estamos lejos, nos insinúa la importancia y necesidad de lo que se considera son pequeños detalles; ese valioso conjunto de hechos que nos recuerdan porqué a pesar de todo, debemos procurar —como creía Orwell— *mantenernos humanos*.

El amor por el *otro* no puede ser calculado racionalmente, no se obliga, no se puede predecir como si calculáramos un valor en el futuro, simplemente aparece. No podemos permitir que por estos tiempos el amor¹¹ y el compromiso con el *otro* sigan siendo considerados como

¹¹ Sin hacer distinción entre los cuatro tipos de amor definidos por los griegos: Ágape (amor incondicional), Philia (amor fraternal), Eros (amor pasional y sexual) y Storgé (amor familiar).

artículos de lujo. De Saint-Exupéry (2001) nos enseña que el *otro* nos *domestica* con su amor, crea vínculos que nos permiten conocerlo, extrañarlo, sentirlo único y cuidarlo. Con el *otro* se dan “la posibilidad de amor, los gestos supremos de la vida” (Sábato, 2000, p. 8).

4. Conclusión

No niego que vivimos tiempos en los que se hacen evidentes algunas manifestaciones que nos ponen a dudar acerca de si el reconocimiento del *otro* aún sigue vigente y que, incluso, muchos al leer a varios autores se podrán sentir identificados con algunas caracterizaciones de lo que se podría conocer como el individuo y la sociedad posmoderna. Sin embargo, estoy segura de que mientras usted como lector examinaba el segundo apartado del presente escrito, pasaron por su mente y corazón diferentes seres que lo hicieron replantearse si la desaparición del *otro* es un hecho indiscutible.

Según Dinesen (citada en Arendt, 2005):

Comprender no significa [...] negar lo terrible. [...] Significa, más bien, analizar y soportar conscientemente la carga que los acontecimientos nos han legado sin, por otra parte, negar su existencia o inclinarse humildemente ante su peso, como si todo aquello que ha sucedido no pudiera haber sucedido de otra manera (p.17).

La carga que estos acontecimientos nos han legado es la de retomar la responsabilidad que tenemos de “tener ojos cuando *otros* los han perdido” (Saramago, 2015, p. 289); es decir, mostrar a partir de nuestros actos y nuestro discurso, que es posible reivindicar al humano *sentipensante*, ese que como lo expresa Galeano (1989) celebra una boda entre el corazón y la razón.

La cercanía para con el *otro* nos puede redimir de la ideología neoliberal de orientar nuestra existencia hacia la gestión, la productividad plena, el consumo, la racionalización de lo que sería una contabilidad de la vida en la que todo está traspasado por el carácter hedonista y monetario; esa cercanía es la que puede promover un cambio que desplace al ser humano desde el principio *miedo* al principio *esperanza*¹²: tenemos que aprender a cuidar, respetar y a amar al *otro* como si nunca nos hubieran lastimado, y comprender, al igual que Dumézil, que “el ideal de hombre es lo contrario al hombre excelente, es aquel que siente su provisionalidad, sus limitaciones y que sabe que no es posible ser perfecto” (citado por Aubert y De Gaulejac, 1993, p. 63).

Gebel (2016) nos recuerda “que no todos los que han muerto, necesariamente han estado vivos. Después de todo, si pasas por la vida sin haber aprendido nada y sin haber amado, es como no haber vivido nunca” (p. 34). Intentemos lo imposible, frente al *otro* y a nuestra vida, dejemos de llevar cuentas para comenzar a perderlas; finalmente, en estos tiempos el acto de reconocer al *otro*, de sentir empatía, de abrir y conmover el alma, al igual que el abrazo entre

¹² Ver El principio esperanza de Ernst Bloch

Julia y Winston que materializó Orwell (2019), es una batalla, una sacudida frente a la competencia que se anuncia...es, un acto político.

Para concluir, retomo a Galeano (2010) para manifestar mi deseo: “ojalá podamos ser tan porfiados para seguir creyendo, contra toda evidencia, que la condición humana vale la pena, porque hemos sido mal hechos, pero no estamos terminados”.

5. Bibliografía

Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Paidós.

Aubert, N., y De Gaulejac, V. (1993). *El coste de la excelencia*. Paidós.

Barthes, R. (1998). *Fragmentos de un discurso amoroso*. Siglo XXI.

Bauman, Z. (2001). *La sociedad invididualizada*. Cátedra.

Bauman, Z. (2002). *Modernidad Líquida*. Fondo de Cultura Económica.

Bauman, Z. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Fondo de cultura económica.

Beck, U. (1988). *La sociedad del riesgo: hacia una nueva modernidad*. Paidós.

Bude, H. (2017). *La sociedad del miedo*. Herder.

Chul-Han, B. (2012). *La sociedad de la transparencia*. Herder.

Chul-Han, B. (2014). *En el emjambre*. Herder.

Chul-Han, B. (2015). *El aroma del tiempo*. Herder.

Chul-Han, B. (2016). *Por favor cierra los ojos*. Herder.

Chul-Han, B. (2017). *La expulsión de lo distinto*. Herder.

Chul-Han, B. (2017a). *La agonía del Eros*. Herder.

Colectivo de Trabajo Nosotros. (28 de Julio de 2020). *Foro - Contabilidad: intereses del Estado, la sociedad y el mercado* [video]. YouTube.
<https://www.youtube.com/watch?v=fWY7vc2ASM4>

De Saint-Exupéry, A. (2001). *El principito*. Salamandra.

Dickens, C. (2012). *Historia de dos ciudades*. Alba.

- Fromm, E. (1981). *¿Tener o ser?* Fondo de cultura económica.
- Galeano, E. (1989). *El libro de los abrazos*. Siglo XXI.
- Galeano, E. (2010). *Los caminos del viento* [discurso]. Premio Sitg Dagerman, Suecia.
- Gebel, D. (2016). *El amor en los tiempos del facebook*. Harper Collins.
- Goffman, E. (2004). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Amorrortu.
- Gray, R. (2019). Towards an Ecological Accounting: Tensions and Possibilities in Social and Environmental Accounting. En F. Birkin, *Intrinsic Capability* (p.p. 53-69). World Scientific.
- Illouz, E. (2009). *El consumo de la utopía romántica. El amor y las contradicciones culturales del capitalismo*. Katz.
- Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío*. Anagrama.
- Orwell, G. (2019). *1984*. Blanco & Negro Editorial.
- Sábato, E. (2000). *La resistencia*. Planeta.
- Saramago, J. (2015). *Ensayo sobre la ceguera*. Debolsillo.
- Saramago, J. (2015a). *El hombre duplicado*. Debolsillo.
- Saramago, J. (2015b). *La caverna*. De bolsillo.
- Soto-Aparicio, F. (1976). *Mientras llueve*. Bedout.